

hora después nos hallábamos fuera del puerto ya en ruta para Panamá, pero todavía en aguas de México. ¡Que triste despedida! Ni un pañuelo se agitaba allá en la playa, ni una lágrima se derramaba por nuestra ausencia. A las cinco de la tarde las costas de Acapulco principiaron á borrarse perdiéndose muy pronto en la bruma como una línea que se desvanece. Yo permanecía sobre cubierta, apoyado en el palo de popa, queriendo ver todavía una vez más esa querida patria que parecía sumergida en las tumultuosas olas. El sol se puso, las aves marinas se dirigían en parvadas hácia tierra—¡felices ellas!—, las sombras de la noche ennegrecieron las aguas del Pacífico y las estrellas allá en el espacio infinito, cintilan clara muy claramente, con esos misteriosos destellos que tienen los astros cuando se contemplan desde el mar!.....

FIN DE LA PRIMERA PARTE [1.]

[1] La segunda parte, el Sr. Lerdo la titula "En el Destierro", es rica en detalles, y arroja la luz sobre muchas cosas hasta el presente desconocidas. Se revelan los secretos de la ejecución de Veracruz, la Revolución de Escobedo & &

DE

# DON SEBASTIAN LERDO

## DE TEJADA.

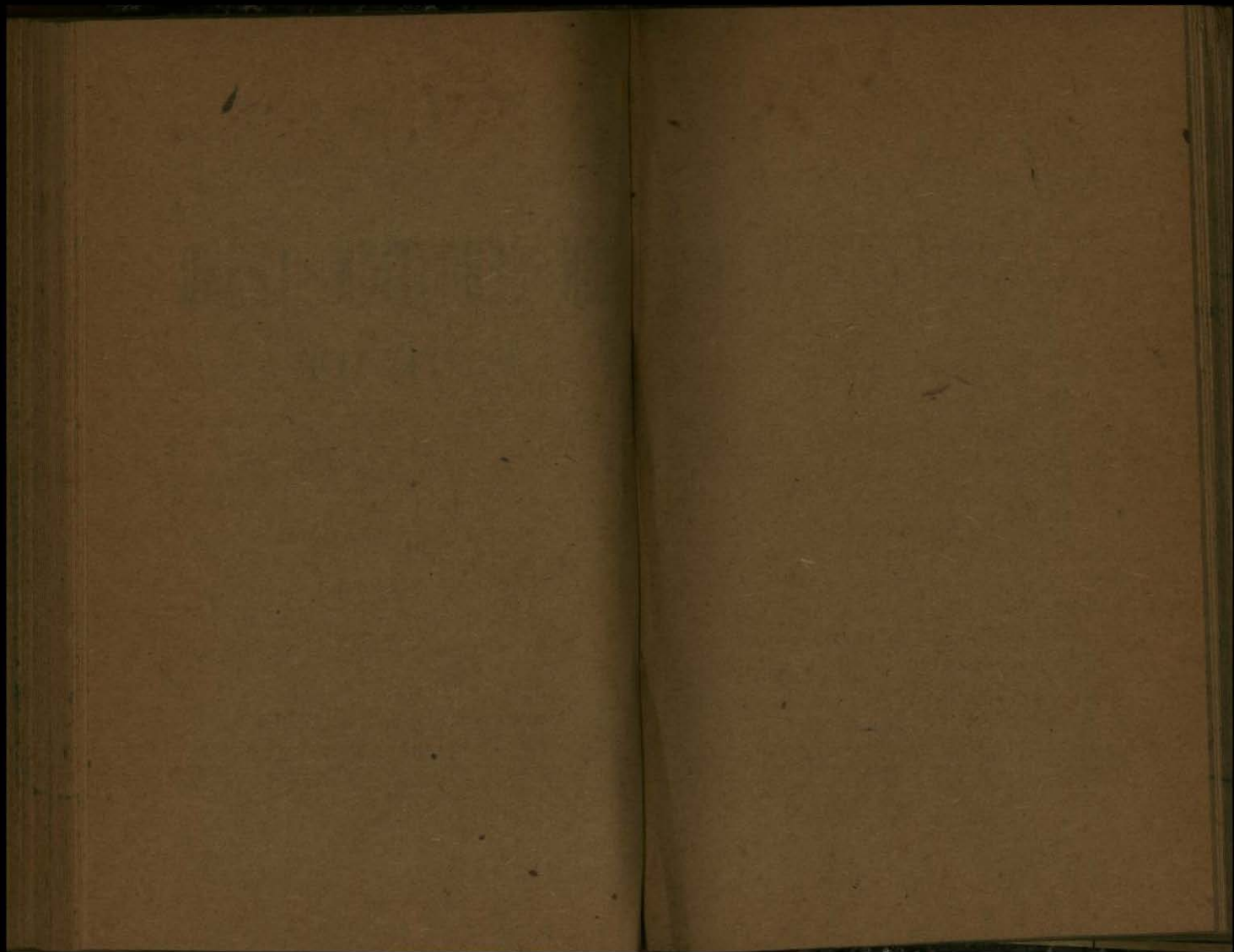
---

TOMO I I.

---

BROWNSVILLE. — TEXAS

1889.



## NOCHE EN EL ALMA.....

Arribamos á Nueva York en terrible día de invierno. No había visto jamás la metrópoli americana: su vista causóme hondísima tristeza. Una inmensa nevada se abatía sobre la ciudad: el viento silbaba formando torbellinos con los blancos copos flagelándonos el rostro, En el trayecto recorrido á pie, de los muelles á los carruajes, hundíanse nuestras plantas en la blanca nieve, y los sombreros y abrigos blanqueaban cual si nos hubiésemos revolcado en un lecho de harina.

Qué frío! más terrible! nuestros ligerísimos abrigos muy mal nos cubrían de la intemperie, y los ojitos bailadores de Juan José Baz estaban ya como congelados. Mi pobre mozo, Higinio Espinosa, que vestía una blusa de tela de cebolla y



un sombrero panameño, se había convertido en una especie de helado de limón y de leche...

—Cocheo! al Windsor Hotel!

\* \* \*

Durante todo el invierno de 1877 inverné en una confortable habitación de ese Hotel: mi espíritu recobro su perdida serenidad, y reflexionando sobre los acontecimientos de mi país, no dejé de repetir este aforismo de un pesimista alemán:

—“En el mundo hay más malvados que hombres.”

En esa madura concentración conmigo mismo formé el propósito inquebrantable de no participar más en política, dejando al país en el goce de su nuevo redentor. Si mi nombre fué coludido en sucesos posteriores débase, más que á mi voluntad, á la ambición del más íntimo de mis enemigos: del Sr. Romero Rubio. Este señor se había como metamorfoseado en la imperial City desconociendo, como yo, los grandes emporios extranjeros, sin más horizontes que los muy bellos pero muy limitados de Chapultepec, habiendo pasado su juventud en la miseria y el deseo, los

placeros de Nueva York ejercieron sobre él una fascinación irresistible. Canoso ya de la venerable cabeza, no diré corría, volaba por las calles más divertidas en compañías de Misses que usan más la talla de Venus que la aguja de las máquinas de coser, conjugando el verbo love en todos los tiempos, con la circunstancia agravante de no hablar él una sola frase del idioma inglés. El primer disgusto que nos causó el Sr. Romero Rubio, fué precisamente un día después de nuestra llegada: salió á la calle muy temprano á poner una carta en los buzones; pero quiso nuestra desventura y su desgracia, que equivocando el buzón de la posta con una caja de alarm fire dio ra la señal de alarma al introducir la carta.... Acuden desolados bomberos y bomberos por todas partes; las aceras se llenan de policías, y en vez de una hornaza de llamas y columnas de humo [era una doble alarma], se encuentran con el Sr. Romero Rubio frente al box de señales, forcejeando por sacar la mano.... De allí fué á dar al puesto de policía, de donde le sacó el Sr. Cónsul Navarro, explicando su indentidad é igno rancia de las costumbres americanas. No nos li-

bramos por ésto de una granizada de artículos humorísticos que al día siguientes de la malandanza, publicaron los periódicos de Nueva York distinguiéndose por su tono burlesco, los publicados en la tarde.

Entre tanto el círculo de amigos se había restringido semejante al radioluminoso de una luz que se está apagando. De México mantenía activa correspondencia con mis siempre fieles Gochicoa Balandrano, Agustín R. González, Mejía y otro de la vieja é incorruptible Guardia, Juan José Baz, Romero Rubio y Escobedo, languidecían en el destierro, aunque el segundo buscaba las distracciones en los teatritos de la calle de Catorce. Las cuerdas del patriotismo empezaron á aflojar en Romero Rubio y Juan José Baz: advertía en ellos cierta infeligencia mutua, un deseo manifiesto de ocultarme sus más frívolas acciones. Deseando allanarles el camino de la retirada díjeles sin reticencias que "si querían volvieran á la patria, que les desligaba de cualquier compromiso contraído conmigo anteriormente; que yo estaba resuelto á no mezclarme

más en política, y que si alguna vez el país me llamaba, reconociendo la legitimidad de mi gobierno, iría con gusto á México, pero simplemente para renunciar mi puesto y convocar á nuevas elecciones" Después de una discusión bastante débil, los Sres. Baz y Romero Rubio aceptaron mi proposición, no sin asegurarme con vehemencia, "que inmediatamente que llegaron á México desarrollaban un plan de campaña pacífica en favor de la restauración constitucional"

\* \* \*

Pues bien.....un semestre antes de que yo les hablara en esos términos, ya ellos tenían arreglado el volver á México, y bien guardado en los bolsillos un salvo conducto del Gral. Díaz...

Pero no anticipemos los sucesos: hay que referir en mis MEMORIAS lo acaecido durante los primeros meses de mi destierro y antes de la partida de aquellos señores, sucesos que al ser conocidos, servirán grandemente para conocer á fondo el Génesis político y social del México de hoy.



## II.

## CIRCULO POLAR

Mi habitación del Hotel Windsor, se componía de una recámara, una salita y cuarto de baño todo en el interior del edificio. A mi derecha Juan José Baz ocupaba un cuarto largo y estrecho, y á mi izquierda el Sr. Romero Rubio otra semejante. De manera que yo estaba como Cristo.....entre dos amigos. Ese invierno de 77 fué terrible é inclemente durante los meses de Enero y Febrero permanecimos en rigurosa clausura, no siendo suficientes por la noche, para calentarnos, ni los ponches calientes que bebíamos llameando, ni las llamas de la chimenea, de continuo alimentadas. El Gral Escobedo era el único que salía de cuando en cuando no obstante de que una vez volvió con las orejas yertas por el frío. E imaginaos nuestra congoja cuando ateridos por la frialdad, veíamos sobre la mesa

del comedor inmensos jarrones con trozos —qué digo trozos!—montañas de nieve, verdaderos icebergs que parecían desprendidos de las regiones polares. Solo verlos me causaba calosfrio y para remachar el clavo, un negrito se me acercaba ofreciéndome un vaso de agua tremendo-casi del tamaño de mi sombrero, en cuya agua cristalina flotaban gigantescos témpanos de nieve.....

Horresco réferens.

El 5 de Febrero acordamos celebrar con un banquete los funerales de la Constitución de 57. En un gabinete reservado del restaurant, nos reunimos las personas siguientes: el Cónsul Navarro, Don Francisco Treviño Canales, Escobedo Romero Rubio, Baz, y el que esto escribe. Hemos acordado por respeto á la posición oficial del Sr. Navarro, no hablar de nada que se relacionara con la política de México. La comida tenía simplemente un carácter nacional, comida de hermanos en extranjero suelo. El menú desde la sopa hasta los postres estaba compuesto de platillos mexicanos. El Sr. Cónsul si ha olvidado el idioma español, no ha podido olvidar la co

cina mexicana: en su casa tienen metates, molcajetes comales, jarros y cazuelas. Esa batería puede rivalizar con las mejores de la cocina azteca. Hastiados de los horribles condimentos yankees, nos estremecimos de culinario placer al ver sobre la mesa la humeante sopa de tortilla, los huevos rancheros con rajitas de queso, los chiles rellenos, el mole de guajolote, las calabacitas guisadas, los frijoles y enchiladas, mezcladas sus aromas, embalsamando la atmósfera.....

Sólo faltaba el pulque.... ¡Oh Patria, cuando mis ojos te perdieron de vista, te vuelvo á encontrar mi corazón!

Si, en aquellas cuatro paredes estaba la patria ausente: á la puerta, la bandera mexicana formaba un cortinaje: en el centro de la mesa, un gran ramo confeccionado con flores mexicanas, observo de la Sra Canales, nos traía á la memoria ese delicioso valle de México, descrito con tan esplendentes colores por el eminente Prescott. A la hora de los postres más de una lágrima brilló las pupilas: los ojos de Baz, áridos y burlones de continuo, se habían humedecido: el Sr Romero Rubio lloraba y leyó conmovido una

carta de su Sra. esposa, y yo mismo, me veía arrastrado en aquella corriente de sentimentalismo tardío. El Sr. Navarro se levantó llamado por sus deberes consulares; cuando él se hubo retirado, ya pudimos hablar libremente sobre política, y disertar sobre la Constitución que llorábamos. El Sr. Romero Rubio pronunció un brindis á mi salud, brindis que conservo en mi memoria, si no en su forma, sí en sus ideas. Decía así:

—Sres: Así como la palabra revanche está en boca de todos los patriotas franceses, la palabra restauración debe ser pronunciada por todos los mexicanos. Y quien dice restauración, dice libertad, honradez, ley y patriotismo. Un concurso de fatales circunstancias nos ha arrojado de la patria: confieso esa expatriación tiene algo de humillante, no precisamente para nosotros, sino para el pueblo que lo ha consentido. No debemos avergonzarnos de la revolución, que todos los pueblos tienen sus revoluciones, sino del hombre despreciable que la encarna. La vida de ese rufián uniformado ha sido una constante acechanza para las libertades públicas. Alguna vez en el seno de la Cámara, puse á precio su ca-



beza en medio de una oposición furibunda y mostrando las consecuencias de ese acto. Porque el Sr. Díaz estaba fuera de ley no sólo como rebelde político sino rebelde contra la vida y tranquilidad de los mexicanos. Yo brindo, Sr. Presidente, por que muy en breve, México arroje desde ese puñado de bandidos, que como los piojos en la melena del leon azteca, chupan su sangre impunemente“

Udes. dispensarán al Sr. Rubio la impetuosidad declamatoria de ese grito de guerra, pero como todo brindis, dicho al calor de la mesa, tenía que ser más imaginativo que perceptivo.

—Sospecho, dije al Sr. Baz, que para quitarle los piojos á ese leon hay que matarlo .....á no ser que se deje espulgar como el perrito de Agustina.....

\* \* \*

Ese oportuno chorro de agua fría apagó las palabras de fuego del Sr. Romero Rubio.

Entre mis visitantes más constantes, más desesperadamente constantes, se encuentra el Sr. Francisco Treviño Canales. estimable y muy divertido señor. Viaja por divertirse, por andar

muchas tierras [como dicen los jalapeños. Es un rancherito nada tonto, pero muy económico pertenece á ese género de turistas que viajan en 2ª clase en los vapores, y en 3ª en los ferrocarriles, que sin saber ninguna lengua extranjera concluyen por ignorar su propio idioma, y que compran en Europa muchos relojes, grandes cadenas sombreros de todas formas y colores, corbatas de todos colores y formas, zapatos y bastones de todas suelas y dimensiones.

—Y que le pareció á vd. más notable en París, Sr. Canales? le preguntaba yo.

—La verdad, Sr. Lerdo, el jardin de aclimatación, tiene muchos, muchos animales.

—Y de Berlín?

—La cerveza; ¡Qué cerveza, Sr. Lerdo.

—Y de Lóndres?

—El río Sr. Lerdo, qué río! no se parece al río Bravo.....

Y de Madrid?

—Los toros, Sr. Lerdo qué toros!

Las inevitables visitas del Sr. Canales duran diez mortales horas: á cada cinco minutos, saca un hermoso reloj de oro de repetición, y consulta



la hora. De manera que en 600 minutos que tienen 10 horas, miraba el reloj 300 veces. Me decía con frecuencia:

—Sr; Lerdo, yo le regalaría á Ud. este reloj con mucho gusto, pero es un recuerdo de familia.....

—No, hombre, muchas gracias.

Se anuncia y se retira sonando la cadena... En este momento llega..... tin tin tiliu tin tinnnn.

### III.

## MULTUM EN PARVO.

A muchos sorprenderá la rapidez y concisión con que voy trazando mis memorias y tal vez esperaban de mí, un tomo voluminoso á la usanza de Don Matías Romero, cuajado de datos estadísticos y de notas oficiales y oficiosas, ó un libro cómico al estilo de Don Guillermo Prieto, lleno de rapsodias poéticas y oliendo á frituras

no, no ha sido mi intención semejante cosa. Acumulo estas impresiones y recuerdos para que sean leídos—si alguna vez se publicaren—por la juventud de mi país, esa juventud sin padres, ó mejor dicho, cuyos padres se han corrompido y desmoralizado al contacto de uno de los despotismos más vergonzosos que registra la Historia de la América latina. Así cada línea es una verdad, cada frase es un hecho, cada página es una lección, cada capítulo es un proceso, engolfarme en detalles, fechas y cifras sería obscurecer un lienzo que por sí sólo, al desenvolverse, va recibiendo la meridiana luz. Hecha esta pequeña salvedad, prosigo en mi narración.

\* \* \*

Dije desde el primer capítulo de esta segunda parte de mis MEMORIAS, que los Sres. Baz y Romero Rubio tenían ya resuelto el volver á México, aparentemente como proscriptos indultados pero en el fondo para trabajar más eficazmente por la causa de la restauración constitucional. El Gral. Don Enrique A. Mejía me había mani-

festado su desconfianza á este respecto y había concluido exponiéndome que aun cuando dichos señores obraran de buena fé, estaban en la nación muy desprestigiados, especialmente el último; pero de cualquiera manera, su residencia en México podría ser menos estéril que su permanencia en Nueva York: aquí además de ser perfectamente inútiles, me eran hasta cierto punto embarazosos. Habíamos alcanzado á fines de Septiembre de 77, y sólo faltaba un mes para que el invierno, tan cruel en estas latitudes, se iniciara en la estación. El Sr. Romero Rubio en extremo friolento veía aproximarse Noviembre; con verdadero frígido terror no obstante que el pasado invierno había procurado calentarse con *human flesh*, parece increíble lo que este señor había perdido en diez meses, de su ficticia energía: por un lado las trasnochadas en los cafés cantantes y por otro lado la pesadumbre del ostracismo, había impreso una huella desoladora en su semblante. ¿Era la nostalgia del mando, de la familia ó de la patria? Pudieron ser las tres cosas en conjunto. Un día recibió una carta de la Sra. Doña Agustina Castelló, su esposa, ha-

blándole de determinados asuntos de familia, Como en mi archivo existen numerosas cartas dirigidas á mis amigos, y que ellos olvidaron llevar al regresar á México, y no son documentos rigurosamente privados, iré extractando de algunas de ellas lo más sustancioso. Decía la Sra. Castelló de Romero, entre otras cosas:—"No toda la renta de la casa ha sido pagada, algunos inquilinos como N. . . . aprovechándose de tu ausencia y del desorden que aquí reina, se rehusan á pagar; tu amigo X. . . . me ha aconsejado que entable una demanda, pero yo pienso que no nos harían justicia. Ya ves amigo del alma como tu destierro perjudica nuestros intereses." Mas adelante—"Luisa esta muy grave del tumor blanco de la pierna: tengo miedo de que pierda la piernita, y pido á Dios constantemente de que sane. Vuelve Manuel, vuelve ya ves que la política solo te ha ocasionado disgustos: si tu vieras que cambiados estan los que se llamaban tus amigos! E . . . el otro dia me encotro en la calle y se hizo disimulado para no saludarme ¿te acuerdas cuando yo te decia que desconfiaras de él? un secreto presentimiento de mujer me lo



decía“

Hago justicia al Sr. Romero Rubio en este particular, los hombres de familia pertenecen primeramente á la familia, después á la sociedad, y por último á la patria—su fortaleza,—si fortaleza ha habido alguna vez en su espíritu apocado, minado por ese lado, el lado noble no podía resistir en pie por mucho tiempo. Ya no solo lo exculpo: tengo deber de aplaudirle. Razonando framente, mi perseverancia inflexible, quizá pudo ser el resultado de mi aislamiento; no había que me reclamara, luego, mi actitud perseverante debióse atribuir á caprichosa obstinación.

Así las cosas, nos llegaron cartas de México, comunicándonos la desmoralización del gobierno del Sr. Díaz; una de esas misivas que á la letra copio, suscrita por el Sr. Gumersindo Enriquez, aunque bajo un pseudónimo, decía lo siguiente: Ha entrado el desbarajuste en esta cuadrilla de usurpadores. Ogazón ha salido del ministerio muy disgustado, y se dice que éste golpe va dirigido contra su pariente Vallarta. Tagle y Benitez, son hasta hoy los señores absolutos y desolutos de esta situación: el primero

se ha hecho pagar con usura las cantidades que personalmente facilitó á Díaz, no obstante la bancarrota de la Tesorería; toda su parentela ha invadido, como la langosta, el Palacio Municipal. El segundo, Benitez, ha impuesto á Don Porfirio el nombramiento de Curiel para el Gobierno del Distrito. Don Juan N. Méndez ha salido para Puebla también refido. Por último, está apareciendo un periódico, El Combate, de furibunda oposición contra Tuxtepec, redactado por hombres que fueron tuxtepecanos y militaron al lado de Díaz, elevándolo al poder; lo dirigen Don M. Rivera Cambas, y el Coronel del cuerpo médico del Estado, Mayor de Díaz, Dr. Juan G. Parón. Tras de ese periódico, hace tres días que comenzó á salir otro, La Bandera Negra, escrito por el General Don Tiburcio Montiel y Don Federico Fusco, tuxtepecanos ayer y hoy enemigos irreconciliables del usurpador.”

Por último, otra epístola de Alfredo Bablot dirigida al Sr. Romero Rubio, contenía estas frases:—“Esto se lo está llevando el diablo: el General Don Miguel Negrete ha dejado la comandancia Militar disgustado ó peleado con Díaz;

Cosío Pontones y Contelone seguirán el mismo camino Yo continúo atacándolos á todos con El Federalista según las indicaciones de Ud. Bah il faut que tous les tuxtepecanos brulent, et nous ne pouvons pas faire d' exeption por un seide hame. Ese espiritual Bablot siempre original!

Con motivo de todas esa noticias que acusaban un próximo desquiciamiento, los Sres Romero Rubio y Baz acodaron suspender su partida, y á sus instancias se fraguó la expedición, de Escobedo, expedición desdichada cuyos detalles serán el tema del capítulo inmediato,

## IV.

## UNA APARICION

Precisamente uno de esos días de fines de Noviembre, me encontraba yo documentando algunos papeles, encerrado en mi habitación, cuando un mozo del hotel, un negrito uniformado, vino

á interrumpirme diciéndome que un turco deseaba verme.....

—Un turco? vaya una ocurrencia: algún vendedor de rosarios y reliquias de la tierra santa. ¡Buena está la Magdalena para tafetanes! Mira boy [muchacho] dile que no estoy visible.

—Se lo dije, Sir, pero se puso enragado [furibundo] y quiso apalearme.—Pero ahí viene, ahí viene, mírelo vd! y el negrito hechó á correr revolviendo de espanto el blanco de los ojos.

Asomé la cabeza: un turco venía subiendo á trancos la gran escalinata de mármol, con su fez roja de mota de seda y con levita azul abotonada militarmente. En dos saltos se puso en el segundo piso, adelantándose hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Don Sebastian!

Sin poderlo evitar, el turco me estrechó en sus hrecúleos brazos: sentía yo su áspera y negra barba picotear mis afeitadas mejillas, y dos ojos que relampagueaban arriba de mi frente.....

—Oh! es vd. señor Romero Vargas!

En el abrazo está simbolizado el carácter mexicano: es la más bella forma de lo expansivo, de



lo leal y sincero en el temperamento nacional. Los extranjeros se burlan de esa costumbre, y dicen que tiene algo de la barbarie primitiva. Podrá ser como lo dicen, pero yo prefiero la efusión de un bárbaro á la ceremoniosa caravana de un francés.

Don Ignacio Romero Vargas, es uno de los hombres más notables que ha tenido el México revolucionario: moral y físicamente es un hombre hermoso, su vida pública es una serie de heroísmos, su vida privada una constante abnegación; se formó por sí mismo creciendo entre asperezas, como el roble en la montaña; sus músculos son de hierro y su inteligencia es de oro. Si todos los letrados hubieran sido como el Sr. Romero, el fiasco de la revolución hubiera sido inevitable. A una viveza extraordinaria reúne una energía indomable, de seguir el gobierno general la política que él observó en Puebla! no tendríamos al presente que lamentar el aniquilamiento de los Poderes Constitucionales. ¡Cuán cierta es aquella trillada sentencia, de que la taya del hombre se mide por el número de sus enemigos! y el Sr. Romero Vargas los tenía en

abundancia, no ciertamente concitados por el despotismo, sino por su entereza y virilidad. Su política no era de castigo, sino de prevención de la culpa. "Es preciso—me decía en una carta en 1875—que vd. no se haga miel, porque se lo coméran las moscas." Más tarde me escribía:—

"Primero se educa á un pueblo y después se le da una Constitución: en México ha sido lo contrario: se ha impuesto una constitución avanzada á un pueblo bárbaro"

Otra vez, ya en plena revolución, me escribía:—"El Sr. Romero Rubio es buen amigo mío, pero es un hombre afeminado: es ministro de opereta, no de zarzuela. Por conservar honores y riquezas, sería capaz, como Medea, de extrangular á sus propias hijas".....

\* \* \*

El Sr. Romero Vargas se sentó y sin quitarse el fez color de fuego, principio á analizar la situación de México. El Sr. Don Ignacio esmalta su conversación con Parábolas, chascarrillos y evocaciones históricas. El estilo es el hombre: quien conoce uno de los tipos meridionales de Alfonso Daudet, no tiene necesidad de conocer al ex go

bernador de Puebla: es idéntico á ellos.

—Y como está Mexico fueron mis primeras palabras.

—¡México! Mexico ya no existe. . . . . ¡Se acuerda Ud de lo que decía Metterniche hablando de Italia? "Italia es solo una expresión geográfica" Tal es hoy nuestro país.

Y continuó

—Partem fortuna sibi vindicat! Sí, el éxito todo lo ha justificado: los lerdistas se han acabado, amigo D. Sebastián. De lo que ahora se trata es de volver á los puestos públicos: puede Ud creerme: los que hasta ahora no son porfiristas es por que no han podido serlo. En un año el país se ha trasfigurado y sabe Ud. por qué? Por que se ha hecho á un lado la Constitución, ese cadáver que corrompía nuestra atmósfera. Hegel opinaba que el pesimismo, es una inevitable faz de la evolución universal. En México, ese pesimismo se ha desarrollado en la conciencia pública. Ese pesimismo es el resultado de veinte años de lirismo.

A no cortar políticamente los vuelos oratorios del Sr. Romero Vargas hubiera seguido diser-

tando sobre un tema que no me era muy agradable. Ese día, comió conmigo: los Sres. Baz y Romero Rubio, que hacían sus preparativos de regreso á México, se despedían de Nueva York alegremente, y por este motivo no estuvieron presentes á la mesa, ni sabían la llegada del Sr. Romero Vargas.

Don Ignacio es un privilegiado bon-vivant: es uno de esos hombres que, como decía Champfort "convierten un sudario en telón de teatro." Todo lo mira bajo el aspecto cómico. Respecto á los individuos emite opiniones bien originales: hablando del Sr. Díaz me decía:—No conozco un soldado más favorecido por la traición: 1867 marcha de triunfo en triunfo sin combatir, en tanto que Corona, Régules y Escobedo encuentran á cada jornada un valuarte que atacar." Y concluía "la traición es como la fortuna: á unos baja y á otros sube: Bazaine ha bajado los escalones que ha subido Díaz" Del Sr. Romero Rubio se expresaba así "es un Arbués constitucional."

Iniciéle en los proyectos del movimiento de restauración en la Frontera, no para que él coadyuvara en ellos, pues ya me había manifestado su



inquebrantable resolución de retirarse á la vida privada, sino más bien para que emitiera su juicio sobre algunos de los lerdistas comprometidos en él.

—El Sr. Don Enrique A Mejía —me respondió— es un tejano más enemigo de los mexicanos que el célebre filibustero Austin. Es media sangre: la madre es de origen americano y el padre de procedencia española. Lo conozco desde hace muchos años. Le referiré á Ud una anécdota respecto á él. Después de la caída de Comonfort tuve que huir á los Estados Unidos refugiándome en San Antonio Texas. Era yo muy joven y ardía en patriotismo: en esta ciudad yankee abundan los mexicanos, y mas en aquella época.

Yo no sabía una palabra de inglés, y tenía que tomar uno de los trenes que van para Nueva Orleans. Había en la estación tres locomotoras dispuestas á salir dentro de algunos minutos en vano preguntaba yo a diestra y siniestra; nadie me entendía, y todos me volvían la espalda. Desalentado me senté en un banco de la Estación: meditaba yo en la utilidad de los idiomas é inutilidad de mi persona, cuando oí un diálogo en

español, en el más puro español, Sr. Lerdo, sostenido por dos caballeros de la más intachable a pariencia castellana. En el acto me levanté para interrogarles, dirigiéndome al más joven de los dos:

—Habla vd. español? le dije con el desparpajo propio del mexicano.

El personaje me miro de piés á cabeza y levantando los hombros, respondiome con insolente desden:

—I do not speak spanish!

No hablaba español y le había escuchado expresarse, si no en el más pulcro, sí en el más claro español! Después lo supe: ese Sr. se llamaba Enrique A. Mejía!.....[1]

[1] El individuo á quien indudablemente se refiere el Sr Romero Vargas no debe ser otro que el llamado Gral Enrique A Mejía ciudadano texano en 1865 enemigo de México y actualmente Senador Presidente de la Lotería Internacional de la Beneficencia Pública, Empresario de una linea férrea y tio carnal de D. Jorge Hámequen y Mejía, que arreglo el matrimonio de Porfirio el Cínico con la hija de Romero Rubio—Nota del corrector.

Al pronunciar estas palabras el Sr Romero Vargas se calaba el fúz oriental, visiblemente indignado. Antes de levarntanos de la mesa concluyó con esta anécdota:

Federico II, el gran rey de Prusia, del siglo pasado tenía una guardia de honpr compuesta de los hombres más corpulentos que se encontraban en el reino. Eran verdaderos gigantes de siete pies de estatura; reclutaba esos hombres á peso de oro, y los reclutadores recorrían todas las provincias en busca de ellos, y los que le conseguían uno eran premiados. Cierta vez, uno de esos reclutadores, al transitar por una calle, distinguió un gigantesco carpintero, trabajando en su taller, Ocurriósele la diabólica idea de reclutarlo por medio de una celada: Así, acercándose al artesano, le dijo; —

—Hola, amigo, nesecito que Ud. me fabrique una cómoda. —

—Mucho me honra su exelencia.

—Una cómoda precisamente de las dimensiones de Ud. ¿Cuántos pies de estatura mide Ud, compadre?

—Siete, Exelencia.

—Exactamente; ¿para qué día estará lista y cuánto me cuesta?

—La concluiré dentro de cinco días y su valor es el de 40 marcos.

—Está bien: volveré por ella el día fijado.

Y volvió en efecto; el carpintero había concluido la obra.

—Muy bonita: pero sospecho que ha equivocado vd. la medida, Maestro.

—Imposible! he tomado bien mis medidas.

—Sin embargo... no podría meterse en ella para cerciorarme mejor?

—Oh! con mucho gusto.

Y el artesano se metió en ella

Apenas lo había hecho, cuando el reclutador lanzó un silbido: cuatro ssyones se presentaron llevándose encerrado en la cómoda al pobre carpintero... Cuando le abrieron la trampa estaba asfixiado.

—Cón que, amigo y Señor Don Sebastián, no vaya vd. hacer lo del carpintero.....



## IV.

## EL GRAN PONTIFICE

## DEL LERDISMO

El compadre Juan N Navarro y yo, fuimos á despedir hasta los muelles á los Sres. Romero Rubio y Juan José Baz: el vapor americano de la línea de Cuba y Veracruz, levantaba anclas á las tres de la tarde. El día era lluvioso y frío: el Sr. Navarro que habla inglés como un marinero inglés, instaló en un confortable gabinete del steamer á los queridos viajeros. Disponíamos de dos horas para darnos los mutuos adioses; en el buque todo era animación, movimiento, vida; la tripulación se entregaba á múltiples faenas:

Unos pavonaban el bronce y el acero hasta dejarlo de una tersura centelleante; otros, trepados en el cordelaje del velamen se asían como arañas en la tupida red, aquí un grupo con el cutis bronceado por el sol de los trópicos, iza enormes farcos que van desapareciendo por la escotilla; allá una familia que parte y otra que se que la, forman

círculo sobre cubierta; besándose las mugeres unas á las otras, algunas llorando y todas emocionadas; la figura robusta y encendida del mayor domo [steward,] tomando el manajo de llaves de la despensa y dictando sus órdenes para la comida de á bordo; y ahí, á la puerta de su lujoso gabinete, mirándolo todo con insolente desdén, el capitán yankee del vapor, con el semblante alcoholizado... Vivido es el cuadro, palpitante de vida como una de esas descripciones marítimas de Pierre Loti.....

Mientras los Sres. Baz y Navarro arreglaban la colocación de los equipajes, me encerré á hablar confidencialmente con el Sr. Romero Rubio: fué ésta mi última entrevista con él, y el primero de mis fatales presentimientos que el tiempo se encargó de realizar. Me reveló que tenía un pasaporte privado de Don Porfirio, pero que ese paso era simplemente una medida precautoria contra una probable alevosía de este Señor. El Sr. Romero Rubio pasaba á México como Lugar Teniente del lerdismo: yo le investí con todas las facultades en el caso requeridas. De obtenerse el triunfo de la restauración, yo volvería

al país como presidente, legítimamente elegido pero volvería tan solo para renunciar la suprema magistratura, retirándome después y para siempre á la vida privada. Antes de retirarme, favorecía, ya no con mi poder oficial, con mi influencia personal, la elección del Sr. Romero Rubio para la presidencia. Esta era la base de nuestro pacto: racionalmente no cabía aquí la deslealtad. Conocedor de la naturaleza humana y especialmente del carácter de mi delegado, empleé como gran motor de nuestro pacto, la ambición. Debo explicar á mis conciudadanos la emisión de este concepto más propio de un dictador que de un pácífico letrado cual soy yo.

Desde en vida del Sr. Juárez se organizó un partido llamado de hombres civiles, y cuyos secretos estatutos fueron redactados por D. Hilarión Frías y Soto. Ese partido con sucursales en todos los Estados, venía á constituir una masonería de un género nuevo, y con alguna semejanza al carbonarismo de Francia en la época del Gral. Cavainac. El espíritu fundamental de los Hombres Civiles, vinculaba en la urgente necesidad de excluir de los puestos públicos, insensiblemente,

te, a los militares y gentes adictas al pretorianismo, dando cabida á los hombres de ley y de justicia. Don Benito, no obstante haber incurrido en graves errores, tenía siempre vibrante en el fondo de su conciencia esta máxima ateniense:—"La paz no es posible sin la justicia." Al elemento militar debe México sus más tremendas complicaciones, sus más terribles desastres: la dictadura de Santa Anna costóle el desmembramiento de su territorio, y el atentado de Miramón con los caudales extranjeros, las reclamaciones diplomáticas de la Gran Bretaña, que mas tarde se resolvieron con la Alianza Tripartita. El sable debía quedar hecho pedazos en la tabla de la Ley: así, el escudo de esa nueva Masonería política, representaba un libro en cuya portada los fragmentos de un sable se entrecruzaban sirviendo de pedestal á la Ley. Esto no significaba en ningún modo la extinción del Ejército, sino la su misión del Ejército á los Poderes Civiles. Era el camino más recto y llano, según la opinión del Sr. Juárez, para concluir con el espíritu revolucionario, de continuo levantisco y turbulento. Los gobernantes al Capitolio, los soldados al Cuartel,



los clérigos al Templo y lo ciudadanos al Trabajo—tal era, en síntesis, el dogma de fé y propaganda de la sociedad "Hombres Civiles" La muerte violenta de D. Benito dejó sin forma esa idea; que de implantada y desarrollada, habría ahogado en su cuna las tumultuosas ambiciones que mas tarde se desencadenaron en la República. Cuando traté yo á mi vez de impulsar esa reliquia póstuma era ya demasiado tarde: la Nación, víctima del histerismo revolucionario, no quería oír mas del toque del clarín y las proclamas revolucionarias escritas en un dialecto bárbaro y belicoso. Ese desvario corrobora el juicio de Monsieur Taine sobre las nacionalidades latinas. "Les impresiona el color y el sonido: dadas los colores y música, y de seres reflexivos, los tornareis en animales impulsivos [1]."

Ninguno mas idóneo que el Sr. Romero Rubio para llevar á cabo esa humanitaria idea de la su premacía de los poderes civiles: odiaba por temperamento el militarismo y tenía horror á las ar-

[1] History of English Literature. Tom. II. pág. 78 Edic. de 1882.

mas de fuego y á las armas blancas. Contar un incidente en confirmación de este aserto: Juan José Baz cargaba constantemente un pequeño revólver niquelado, revólver que era la pesadilla del Sr. Don Manuel. Al apearnos de un coche para tomar el vapor de Nueva York, en Colón la pistola se escapó del bolsillo de Baz, disparándose al caer. El Sr. Romero Rubio se puso mortalmente pálido, y con palabras entrecortadas por la emoción, díjome en las ansias de la agonía. :

—Estoy herido.....Un telegrama.....á mi muger..... Agustina.....

Mitéle: un hilillo de sangre corría del cuello bañando la camisa. Quedé consternado: una desgracia más en las actuales desgraciadas circunstancias, era realmente cruel. Aun no salía de mi doloroso estupor cuando vi que Baz se precipitaba sobre el herido exclamando con su imperturbable gracejo:

—Pero hombre si esto es una espina! una espina!

Era que el coche se había detenido junto á un arbusto espinoso que en Panamá se conoce por uña de gato, y una espina había pinchado el cuello

deslizándose por entre la corbata.....

Ya repuesto de su emoción, el Sr. Romero Rubio no cesaba de preguntar:

—¿Y la bala? ¿donde está la bala?

Este rasgo de extraordinaria timidez, reflejaba escasa virilidad de ese temperamento, y su odio por todos los instrumentos punzantes, cortantes y detonantes.

Para exculpar mi candorosa confianza me había parecido indispensable la anterior digresión: una naturaleza como la del Sr. Romero Rubio, dada la quietud burguesa del hogar y enemiga de la soldadesca, lógico me parecía que el militarismo encontraría en él uno de sus más rudos opositores y el elemento civil uno de sus más fervientes partidarios. Aunque conocía yo la ductibilidad política de mi exministro, jamás osé imaginar que llegaría á una fusión con el porfirismo: el rencor contra el Sr. Díaz se había enconado en el destierro y su único ideal, su idea obsesiva en el extranjero era la de castigar al usurpador el día de la restauración. Iba más allá; meditaba hasta en el asesinato político.

Mis instrucciones fueron terminantemente

amistosas:—Protejer el movimiento de Escobedo haciéndole atmósfera moral en México: mantener la agitación en los círculos políticos, con especialidad entre los burocráticos. Fomentar la venalidad de Bablot y sus muchachos de "El Federalista," instigándolos, para que, con la virulencia que les era genial atacaran á los jefes de Tuxtepec haciendo imposible entre aquellos y éstos, toda conciliación. Por último ir dando cuerpo en la opinión á la candidatura de él mismo para la Presidencia de la República."

La idea de una traición por parte del Sr. Romero Rubio era un absurdo:—él iba como Sumo Pontífice de un partido cuya vitalidad era incuestionable; él me sucedería en la Presidencia, sostenido por el núcleo de mis partidarios; entre él y yo la dualidad política é individual desaparecía siendo él el complemento del yo mismo. Luego traicionarme, era traicionarse á si mismo ¿Bajo la presión de qué fenómeno psicológico el Sr. Romero Rubio pudo haber consumado la más vergonzosa, la más abyecta, la más innoble de las infidencias? .....

¿Como resolver ese problema de mecánica inte



lectual?... Ah! Nosotros vivimos en una época cruelmente significativa.....¿Quién es ella???

## IV.

## FUÉ, LO VIERON Y..... LO CAPTURARON....

En los primeros días de Febrero de 1878, el General Escobedo, acompañado del coronel Monroy salió de Nueva York con dirección á Texas: llevaba en su maleta un plan de operaciones y una proclama que con anterioridad había redactado el Sr. Romero Rubio.

A ser verídico, dire que la personalidad política del Sr. Escobedo no me inspiraba plena confianza no precisamente porque abrigara sospecha de una infidencia,—lejos de mi tal pensamiento—sino más bien por la deplorable flaqueza de su carácter y el decaimiento físico de su vigor de otros años. Para abrir una campaña de la magnitud de la que se le encomendara, requeriase loza

nía de vida y voluntad de hierro: aquella para soportar las fatigas, y ésta para reprimir las sediciones. Ya no era el hombre de Santa Gertrudis y San Jacinto que dormía á caballo y pasaba las noches á campo raso, y vadeaba rios á nado llevando en la boca, como César de la Gaula, la espada del combate; los años acumulados y los padecimientos sufridos, en incesante colaboración lo habían convertido en un inválido, muy honorable, pero honorablemente inútil. Sin tener la ferocidad sanguinariamente alcohólica de Rocha, ni la inflexible disciplina de Alatorre, ni la audacia senecta de Mejía, Escobedo tenía que ser sanguinario, inflexible y audaz: dureza moral y dureza física.

Llegado á San Antonio, [Tex] procedió al reclutamiento y enganche de la Legión restauradora; el contingente prometido por el Gral, Enrique Mejía, redujose á un centenar de negros más deseosos de pillage que de combate. Unos cuantos mexicanos se le incorporaron, haciendo un total de 150 hombres. Púsome un telegrama imponiéndome de esa primera decepción contestéle que se volviera dando por terminado el proyecto

Más en otro parte dirigido el día siguiente, auguraba una reacción en el decaído espíritu de las poblaciones de la Frontera.

Tres rutas se le presentaban para cruzar la línea: Matamoros y Paso del Aguila, respectivamente á la derecha y á la izquierda, y Laredo en el centro. Escogió el más desierto, es decir, el más tardío y peligroso. Un General de la nombradía de Escobedo, escudado en su glorioso nombre, debería haber optado por Matamoros: si sorprendía la plaza, el triunfo moral en los Estados fronterizos sería decisivo; si fracasaba había probabilidades de que no sucumbiera. En la estrategia hay ciencias geométricas y matemáticas: la presión es una de sus formas. Toda invasión comienza por agredir, no por ser agredida: su objetivo no se reduce á penetrar en el territorio furtivamente sino allanarlo de frente para no dejar enemigos á la espalda.

Napoleón I, cuando se presentó en Cannes, prófugo de la isla de Elba, lo hizo con un puñado de soldados y sus tres generales Bertrand, Drouet y Cambronne, avanzando, no por desiertos, sino en medio de poblaciones maravilladas. La compa-

ración no es grotesca, es proporcional: porque Escobedo disfrutaba en México, y particularmente en el Norte, de un prestigio napoleónico legítimo ó usurpado. Es cierto que ese prestigio iba ya en menguante, por que otros jefes mas jovenes lo habían conquistado, pero conservaba aún la suficiente radiación para ser un astro. Por una triste ironía de las semejanzas históricas, tres oficiales de rango acompañaban también á Escobedo: Winker, era un Bertrand por lo impetuoso; Monroy un Drouet, por lo tenaz; y Cristo un Cambronne por lo esforzado. La pequeña columna cruzó la Frontera, á fines de Febrero, dirigiéndose á la cordina, no hacia los lugares habitados sino en dirección á los páramos más escuetos ¿Iba para Coahuila, Nuevo Leon ó Tamaulipas? ¿Intentaba sorprender á Saltillo, á Monterrey ó á Victoria? Don Mariano mismo no lo sabía: mientras alcanzaba cualquiera de estas tres ciudades, sería alcanzado, envuelto y derrotado. Si lo ridículo está cerca de lo sublime, el Sr. Escobedo fué esta vez sublimemente ridículo. Las mismas causas que determinan la muerte moral de un individuo, suelen ser idénticas á las que ocasio.



nan la muerte moral de un partido: Escobedo, derrotado, prisionero y fusilado, la planta marchita del lerdismo se habría fecundado con su sangre; pero cogido Escobedo sin combatir y perdonado sin dificultad, el lerdismo fenecía normalmente. El porfirismo se fortaleció en la opinión pública con estos elementos: con nuestra propia impotencia y con la lenidad del gobierno usurpador. El General fué arrestado en Monclova, conducido á la ciudad de México, juzgado y absuelto.

Todavía es para mí un misterio esa indulgencia: los depravados instintos homicidas del Gral Diaz, que solo esperan para manifestarse, como en el tigre, la presencia de la víctima, parecían en esta vez haberse amortiguado. Sabido es que las funciones exterminadoras de esa fiera; siempre han estado en constante actividad: habiendo matado sin piedad sin respetar ni á sus más íntimos amigos y compañeros de armas, esa clemencia no pudo haber sido un simple fenómeno psicológico. Los cerebros congestionados por la monomanía homicida, no resisten á la tentación del homicidio. Luego.....

\*\*\*

Si una derrota inflingida en un partido sano, compacto y enérgico, infunde el desaliento, imaginamos lo que sería ella misma en las filas de un partido enfermizo, disperso y anémico: las deserciones que eran solo un mal pensamiento, encontraron un buen pretexto para ser lógicas. La deslealtad política hallaba un paliativo en la im posibilidad restauradora: además, el Sr. Diaz uan no soltaba del todo su careta trágica. Su misma prensa le acusaba de perfidia, de ingrati tud, de venalidad: pero eran pocos los que le acusaban de crímenes de lesa constitución. Es cierto que había comenzado por herir á algunos de sus amigos y á elevar á muchos de sus enemigos; pero esos hechos no salían de la órbita de lo puramente individual. La palabra traición no habia vibrado todavía en la conciencia pública en esa inteligencia, algunos de los lerdistas é iglesistas [gentes de tercera fila] principiaron á pasarse al lado del venturoso Dictador. De buena gana habieran seguido á estos los mas encumbrados, si Diaz los hubiera llamado; pero no llamándolos, ellos no podían pasar sobre el portero

de Palacio con el sombrero en la mano.

Uno de mis mas grandes errores políticos fué el de haber hecho gravitar mi poder en la burocracia: el militarismo y el pueblo, ejes opuestos de ese centro, hiciéronle perder su gravitación. Si Dictador había que apoyarme en el Ejército; si Presidente, en el pueblo. Esa burocracia de México es la mas fámelica y venenosa de América: si se le da pan, se arrodilla, si se le rehusa muerde. Es una raza especial y degenerada, incapaz de nada científico y levantado: Bustamante Músquiz, Pedraza, Corro y Comonfort, cayeron por haber incurrido en la misma falta por mí lamentada. La burocracia en la Bestia negra de los gobiernos civiles.....

\*\*\*

Abortada la revolución restauradora y lo que es más grave todavía, ridiculizada y traicionada, esperé recibir de México un memorandum detallado, no solamente para uniformar mi criterio en lo futuro sino también para pulsar la opinión pública de mi país. Tenía ya trazados los puntos de un manifiesto que pensaba dirigir á la Nación, cuando llegó á mis manos una carta del Sr

Don Ramón Guzmán, cuyo contexto en sustancia, era el siguiente:

—'No tiene Ud una idea de la venalidad é impudencia de algunos de los que se llaman partidarios de Ud: Balandrano, Agustín R. González, Villada y otros, con frecuencia vienen á verme á mi oficina pidéndome cantidades de dinero para sostener á sus familias. Resistí los primeros pedidos, pero se hicieron tan frecuentes, que hube de cerrarles mi caja; creo que por este motivo habrán escrito á Ud. informándole mal de mi actitud como partidario.—Mi casa no es un establecimiento de la Beneficencia Pública . . . etc. etc.

Al leer esta carta arrojé la pluma que tenía ya empapada en tinta; con un círculo semejante se podría ir muy abajo hasta la ignominia; pero nunca subir arriba hasta el heroísmo. . . . . Iban muy de prisa; si en poco mas de un año habían llegado hasta los límites de la mendicidad, en un año más alcanzarían las fronteras de la traición.

El hambre es como la electricidad: estrecha las distancias.....



## VII.

## AL LEON MORIBUNDO..... LA COZ DEL ASNO.

Con motivo del fiasco de Escobedo, la prensa del Sr. Díaz, que siempre se ha distinguido por su educación y esmerada cortesía, colmóme de injurias á cual más soeces, de nauseabundos dietarios, recogidos indudablemente en el vocabulario de familia de cada uno de los escritorzuelos que me insultaban á centavo la línea. En ese periodismo encarnan estos dos elementos: la ignorancia y la impunidad. Ignorante, disparata, impune insulta. El mismo fenómeno que ha impulsado la caída del gobierno lejítimo, ha obrado en la exaltación de la prensa ilejítima. No os sorprenda el vocablo: llamo yo prensa ilejítima, aquello que escribe con virulencia ó con lisonja. Si en la oposición el periodismo virulento es censurable, del lado del gobierno es imperdonable. Entre esos dos tipos, productos de

una civilización más ó menos desequilibrada, puede optarse por el primero: hay en el más nobleza que en su antípoda el segundo. Se ve que la forma violenta que á su pensamiento, no es el resultado de la pitanza como en el escritorcillo ministerial: el uno se expone á recibir palizas; el otro tiene cubiertas la espaldas y llenos los bolsillos.....Pero el Sr. Díaz y sus ministros son poco escrupulosos para reclutar esos personajes de basurero. Diógenes buscaba á su hombre con una linterna; Don Porfirio busca á los suyos con un billete de banco.....El dinero y la perfidia: he ahí las eos fuerzas de ese Señor.

¡Panegiristas! los tiene más numerosos que Trajano.

Lease La Libertad fundada y dirigida por un desertor de la Habana y prófugo del presidio de Ponce [Puerto Rico] Telésforo García. En ese libelo porfirista, los crímenes del Sr. Díaz no son crímenes, son necesidades; los asesinatos del Sr. Díaz, no son asesinatos, se llaman seguridad y paz públicas; los cómplices del Sr. Díaz no son malhechores, se nombran senadores, generales, magistrados y diputados.....